

europapress.es

Ya que preguntas...

El jaque que en breve tiempo ha dado la aplicación informática *ChatGPT* ha removido la industria, los gobiernos y los consumidores. Sin embargo, lo mucho que esconde permite pronosticar cambios drásticos en el orden actual

Por TONI PRADAS

MITAD carnaval y mitad catedral, codeándose entre estrellas siderales y de Hollywood, el físico Stephen Hawking, el coleccionista de doctorados *honoris causa*, el más *cool* de los sabios de nuestros días y quien más hizo por popularizar los enigmas del espacio y el tiempo... desde su silla de ruedas *hi-tech* el viejo soñador tetrapléjico y optimista, a través de su aparato generador de voz metálica,

un día de 2014 desconcertó al mundo al asegurar a **BBC**, en una entrevista, que el desarrollo avanzado de la inteligencia artificial (IA) podría significar el fin de la raza humana.

En verdad, su aseveración pasó de largo entonces, como mismo las sopas de la mesa cuando se esperan las carnes. Si acaso, ofuscó un poquito a los eruditos que enladrillaban las bases de esa tecnología, avergonzados porque mayores

éxitos habían tenido en ese campo los escritores y cineastas de ciencia ficción: parecía imposible hacerles sombra a Isaac Asimov y Stanley Kubrick.

Mas, en un pestañazo, el exótico término empezó a estar en boca de todos, en la misma medida que esa técnica se hizo de muchos espacios que mimamos: desde la cotidiana aplicación *Siri*, que diligentemente realiza asistencias a los usuarios de teléfonos iPhone, hasta los *bot* conversacionales o *chatbot* que en internet simulan mantener una conversación con una persona y proveen respuestas automáticas, estas previamente establecidas por un conjunto de expertos a entradas realizadas por el usuario representante.

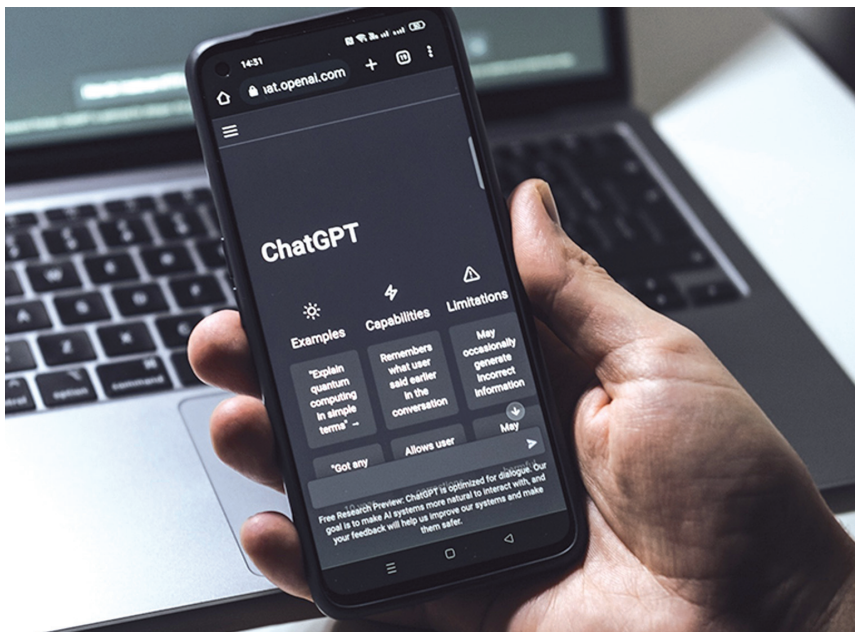
Hasta Bill Gates, fundador de Microsoft y tecnovisionario (aunque no siempre acertó), ha resultado seducido por las feromonas de la IA, al punto de decir que esta puede ayudar a reducir “algunas de las peores desigualdades del mundo”.

Sin embargo, Elon Musk, mandamás de Tesla, SpaceX y **Twitter**, otro gurú que siempre nos respira encima cuando de innovaciones se trata, advirtió recientemente que la inteligencia artificial podría llevar a la “destrucción de la civilización”.

¡Dios santo!, ¿acaso es tan malo tener un émulo intelectual como aquella chica que se sentaba en la primera fila de la clase?

Los que creen que el tablero de ajedrez es negro con escaques blancos, aplauden que un fiel ciberpaje aprenda velozmente para hacernos las tareas.

Otros ven casillas oscuras sobre un fondo claro y ven una cafetera humanoide en la IA. Se huelen, lo admiten, que estamos dotando de un peligroso poder a un puñado de algoritmos informáticos o, cuando menos, a sus programadores.



Después de décadas cociéndose a fuego lento, la inteligencia artificial parece haber saltado al punto de no retorno en su desarrollo. eldinero.com.do

Pues Elon Musk, quién lo iba a creer, se ha puesto ríspido con la innovación tras el auge de *ChatGPT*, la IA de moda –se hizo público a finales de 2022 y en enero superó los 100 millones de usuarios activos– que con rapidez de superhéroe es capaz de dar respuestas muy sensatas sobre muchos tópicos en tiempo real (si bien algunas han resultado desconcertantes, risibles, bochornosas).

En todo caso, muchos se preguntan qué se trae entre manos este señor, pues mientras desbarra sobre la IA, sigue involucrado en el crecimiento de esta a través de sus muchas empresas. De hecho, planea lanzar una nueva compañía que compita con OpenAI (firma que, dicho sea de paso, Musk creó junto a otros geniecillos), la incubadora que ha logrado desarrollar el amigable *software ChatGPT*.

Este tipo de *chat* utiliza tecnología de generación de lenguaje natural de última generación, resumida en las siglas inglesas GPT (Transformadores de Procesamiento Generativo), capaz de hacer que las máquinas procesen y comprendan el lenguaje humano.

Parece imposible ya que la humanidad descarte el sueño de tener computadoras tan

inteligentes como ella misma. Así lo creyó el británico Alan Turing, uno de los padres de la ciencia de la computación y precursor de la informática moderna. Lo intuyó antes de comer la manzana envenenada (en la ciencia son recurrentes las manzanas definitorias) que lo llevó a la muerte en 1954; incluso antes de que le castraran en 1952 su carrera y sus gónadas por el delito de homosexualidad.

Turing había logrado descifrar los códigos nazis con una máquina lógica computacional, lo que permitió apresurar el resultado de la Segunda Guerra Mundial. Había definido también, en 1950, el llamado test de Turing, con el que puede juzgarse la inteligencia de una máquina si sus respuestas en la prueba son indistinguibles de las de un ser humano.

Su hijo tecnológico no tuvo nombre inicialmente. De bautizarlo se encargó el prominente informático bostoniano John McCarthy, al introducir en 1956 el término –bien exacto, aunque parezca paradójico– de inteligencia artificial.

El laberinto del algoritmo

Ya que le preguntas a un *chatbot*, la IA, en esencia, se entiende mejor por sus objetivos

principales, bastante transparentes: la creación de sistemas analíticos que tienen un comportamiento razonable, los cuales pueden aprender, de forma independiente o bajo la supervisión de una persona, a hacer predicciones y construir hipótesis basadas en una matriz de datos.

Gracias al incremento en los volúmenes de datos y la aplicación de algoritmos avanzados en situaciones cotidianas, entre otros aspectos, ha sido posible el incremento de su popularidad. Las máquinas se instruyen cada vez mejor con la experiencia humana para luego realizar diversas tareas al estilo de los sesudos generadores de esos conocimientos.

Pero nadie piense que hay magia. Entrenan. Y sus técnicas de entrenamiento recurren con frecuencia al aprendizaje profundo o *deep learning* y al procesamiento del lenguaje natural (PLN), entre otras.

A escala teórica, o más bien conceptual, la IA solo puede hacer que las máquinas alcancen la capacidad de imitar algunas de las características propias de la inteligencia del ser humano. Es decir, que sean útiles al resolver problemas sin la necesidad de que una persona intervenga en ellos para solucionarlos.

Son muchos los campos donde con IA se ensayan mejoras en diversos procesos, servicios o aplicaciones. Es el caso de la salud, en la que se busca identificar diferentes patologías mediante el procesamiento de imágenes médicas, por ejemplo.

Para el medioambiente, digamos, la IA permite realizar una gestión más eficiente de los bosques, con herramientas para la toma de decisiones de los gestores forestales.

Los economistas están convencidos de que la nueva tecnología podría optimizar la gestión de licitaciones y otras operaciones, al tiempo que la novedad se pinta sola para desarrollar asistentes turísticos virtuales.

